

Debate Universitario Oportuno

Por Jaime Guzmán

El artículo de don Jorge Millas sobre la Universidad, publicado por "El Mercurio" del 3 del presente, y el posterior respaldo que su contenido mereció de parte de un grupo de relevantes académicos de nuestras universidades, constituyen una clarinada de atención que invita a reflexionar a todos quienes nos interesamos vivamente por la suerte de la vida universitaria chilena.

La búsqueda del acierto atraviesa siempre por el reconocimiento valiente de la verdad, aunque a veces ésta pueda parecernos dura o incómoda. Y ocurre que aquí estamos frente a un hecho tan indiscutible como delicado: enfrentamos el serio peligro de que pueda llegar a producirse un distanciamiento entre los elementos más valiosos de nuestras universidades, y la conducción superior de éstas, cuya responsabilidad última recae hoy en el Supremo Gobierno.

El imperativo de evitar que ese distanciamiento que se insinúa, llegue a ahondarse hasta términos irremediables reviste una importancia capital.

No debe perderse de vista que la Universidad no la hacen preponderantemente ni sus estructuras de organización ni sus autoridades administrativas. Le dan vida y la construyen día a día quienes con auténtica vocación intelectual se abucan laboriosamente a la tarea de enseñar, investigar y aprender. Ahí está la raíz de la vida universitaria, de la cual brota la savia de su verdadera fecundidad.

Ahora bien, en dicha tarea, el aporte de esos académicos de selección que desducen por su talento y su entrega a la Universidad, resulta particularmente insustituible. Casi podría decirse que para averiguar si detrás del rótulo que la designa como tal, hay o no una verdadera Universidad, tal vez el camino más seguro sea el de analizar si existen efectivamente esos universitarios de calidad superior, y si su actividad puede o no desenvolverse en un clima que les permita tener el peso y la influencia que merecen. Todo lo demás por importante que sea, viene por añadidura.

Esos hombres cuyo trabajo configura el alma de la Universidad, como todas las cumbres, no se dan en abundancia. Por lo mismo, son siempre de muy difícil reemplazo. No es, exagerado, oír tanto, afirmar que la Universidad se nutre de la irradiación intelectual y moral de unos pocos. La nómina de los adherentes al artículo de don Jorge Millas, salvo alguna excepción desafortunada, representa una síntesis difícilmente superable, de quienes en Chile son los más calificados exponentes del valor que señalamos. De ahí la importancia de impedir que su voz pueda caer en un vacío frustrante.

Su planteamiento consiste esencialmente en que ellos perciben una actitud de desconfianza hacia la Universidad en el tratamiento que ésta recibe en la actualidad de parte del Estado y sus autoridades, de lo cual deriva un clima que dificulta la labor creadora a que la Institución universitaria está llamada.

Sea o no correcto este diagnóstico, lo fundamental es que en cualquier caso, el solo hecho de que las mejores expresiones de la vida universitaria chilena pudieran llegar a apreciarse así, constituyere de por sí un síntoma inquietante que todos debemos contribuir a solucionar.

Detrás de esta actitud, se encierra la defensa de un valor esencial dentro de la Universidad: la libertad para pensar, opinar y discrepar, a condición de que ello se haga dentro de los moldes y exigencias propios de la actividad científica e intelectual, en la amplia y variada gama de sus manifestaciones en un nivel superior. Supuesto básico de ello, es un ambiente de serenidad que excluya el bullicio politiquero, la presión del sectarismo, o la zozobra permanente e indebida.

Tales valores pueden verse afectados por dos géneros distintos de amenazas. De una parte, por la instrumentalización de las Universidades que pueda realizar una ideología o partido político determinado. De otro lado, por el estreñimiento excesivo e inadecuado de la institución o la tarea universitaria, que pudiera imponerle una determinada autoridad estatal.

Lo primero impidió el real funcionamiento de nuestras Universidades entre 1967 y 1973, por obra de las fallas cardinales de la llamada "Reforma Universitaria", cuya demagogia terminó transformándola en un festín de la politiquería y en un excelente "caballo de Troya" para los dos principales enemigos de una Universidad actual: el marxismo totalitario y la mediocridad, y de obligar a los verdaderos universitarios a distraer lo mejor de sus esfuerzos en una lucha política dia-



ria que prácticamente les impedía hacer Universidad.

Temen importantes sectores académicos que hoy, para corregir ese mal, pudieran emplearse mecanismos que dieran por resultado el segundo de los inconvenientes a que hacíamos referencia recién, es decir, una desconfianza hacia la Universidad que llegara a privar a ésta de la libertad y serenidad que fundamentan su existencia. Frente a ello, aparece a nuestro juicio como el mejor aval de que dicha situación no debiera producirse jamás, el propio pensamiento oficial del Gobierno frente al tema universitario, reiteradamente expresado por sus más altas autoridades.

Algún observador superficial podría pensar que es conveniente para la estabilidad del actual régimen, el que exista un foco de elaboración y difusión de ideas que puedan resultar dispendiosas de la acción gubernativa en determinados aspectos. Desde una perspectiva como ésta, la seguridad interna se reforzaría si la actividad intelectual se redujera al simple asentimiento. Pero ese criterio, que puede resultar válido para regímenes que busquen su simple afianzamiento como meta última y por la cual se paga cualquier precio, aparece inaceptable para un Gobierno que, como el nuestro, se funda en principios espirituales y morales muy profundos, de clara rambre humanista, nacionalista y cristiano.

El movimiento del 11 de septiembre y el Gobierno que de allí surgiera tienen como meta y desafío el transformar a Chile en una gran nación, tanto espiritual como materialmente. Y la atrofia del cuerpo social o de las células que le dan vida, sería contradictorio con ese objetivo, al cual nuestra patria se encamina entre muchos escollos pero con gran fe y con un coraje renovado. Además, una seguridad alcanzada al precio de privar de vitalidad a los organismos intermedios de la comunidad, sería efímera y aparente, porque es en la libertad, el vigor y el desarrollo de la sociedad chilena, donde reside la fuente última de una seguridad estable.

Igualmente superficial, y todavía más ingenuo, sería pensar —en el otro extremo— que la Universidad puede sustraerse por entero a las restricciones excepcionales que impone un estado de emergencia jurídica, como el que nuestro país vive en la actualidad.

Tanto la acción del 11 de septiembre como el estado de sitio que hoy Chile sigue requiriendo tienen como una de sus causas el que durante largos años se haya olvidado que hoy está planteada una verdadera guerra ideológica entre el marxismo-leninismo y el mundo libre, en que aquél actúa con el apoyo del poderoso imperialismo soviético, cuya influencia indirecta se ejerce hasta en el corazón mismo de la mayoría de los países y gobiernos democráticos.

En esta guerra, el enemigo está adentro del Estado y al lado de uno mismo. Dice incluso tener la común nacionalidad que nos cobija, pero en verdad sustenta una doctrina cuya amoralidad lo subordina todo, y por cierto que la misma patria, a su utopía totalitaria. Ningún matiz o sutileza sofisticada es capaz de borrar esta realidad maciza. Quienes por debilidad de espíritu discurren argumentos pseudo-intellectuales para no combatir en esta lucha, fatalmente terminen siendo avallados. Son demasiados los hechos que lo demuestran como para insistir en ello.

Lugares estratégicos para el comunismo en esta guerra, son los sectores eclesiásticos, los medios de comunicación social y las universidades, y a eso, se debe la infiltración sistemática y creciente que realiza dentro de esas instituciones, en los países que aún no controla. Procurar evitarlo es misión a la que toda nación que desee sobrevivir libre y soberana debe abocarse, y el Gobierno de nuestra Patria ha sido categórico para asumirla en cuanto a él compete.

Nada indica que esta conducta sea incompatible con la preservación de la atmósfera universitaria de libertad, serenidad y respeto, a que antes hemos hecho referencia. No puede haber contradicción entre los diversos factores que constituyen la esencia de un ser, ya que la falta de cualquiera de ellos implicaría su muerte. La única posibilidad de que sobreviva y se desarrolle una auténtica Universidad, reside en que se protejan la libertad intelectual y el con siguiente derecho a discrepar, y simultáneamente se actúe en forma eficaz para impedir

que ello sirva de instrumento a los que quieren destruir la Universidad, ya sea por la vía de la politización partidista o del totalitarismo marxista.

Como toda tarea compleja que busca el justo equilibrio, no existen para esto recetas automáticas o preestablecidas. Las posturas extremas siempre encuentran fácil presentación en la simplicidad de sus dogmas o en la pasión de su fanatismo. Pero el intento de encontrar el equilibrio de la verdad, que nada tiene que ver con la componenda del oportunismo o la debilidad, implica aventurarse por una árdua ruta, en la cual no existe más derrotero que la madurez, el tino y el buen criterio.

Un signo hay, sin embargo, para saber si se va por buen camino. Se trata de la mayor o menor identificación que se genere entre el poder universitario institucional, y aquel otro poder que deriva del saber. La misión de la autoridad universitaria oficial consiste precisamente en crear una forma de relación o convivencia adecuada para que el impulso creador de los mejores, se proyecte en sus frutos a todos y cada uno de los miembros de la comunidad universitaria, y a través de ésta al país entero. He ahí el "bien común" de la Universidad. La suprema autoridad moral de la Universidad debe estar siempre radicada en la excelencia académica, y corresponde a toda expresión de autoridad jurídica que en ella exista, el ponerse generosamente a su servicio.

Pensamos que el éxito en esta empresa, si bien no es de suyo sencillo, está favorecido por la perfecta coincidencia que se registra entre la legítima aspiración de nuestros mejores académicos y los principios que informan la acción universitaria del Gobierno.

Tal como lo ha planteado don Jorge Millas, los verdaderos académicos comprenden la necesidad de racionalizar la actividad universitaria, a fin de terminar con despilfarros o duplicaciones innecesarias, y tampoco se oponen a la existencia de mecanismos de control que eviten la penetración y ulterior conquista de la Universidad por parte de los activistas de la politiquería o del totalitarismo. Y por su parte, tal como lo han expuesto el señor Presidente de la República y los miembros de la H. Junta de Gobierno, el actual Régimen respeta la autonomía universitaria, en toda la amplitud que dicho concepto tiene de legítima y de indispensable.

Dichos elementos concordantes están llamados a servir de base para que se supere toda posible incompreensión o deficiencia actual. Ello resulta tanto más necesario, cuanto que para Chile y para sus universidades es urgente impedir que se repita la triste historia de cuando, bajo el nombre eufemístico de "Reforma Universitaria", comenzó la reforma politiquera de nuestras universidades.

Cuando en 1967 se inició ese movimiento en las dos universidades Católica del país, hubo innumerables académicos de gran calidad que encabezaron su gestación, convirtiendo su prestigio y su talento en ariete del "reformismo". Lamentablemente, detrás de ellos arrimaron los grupos políticos que pretendían instrumentalizarla en su propio beneficio, sobresaliendo al efecto el entonces partido gobernante, que desde la Moneda misma amparaba las "tomas" y demás acciones de fuerza con que se desafiaba a la autoridad universitaria constituida.

El desenlace es de todos conocido. Triunfó "la Reforma", pero a la hora de la victoria, los elementos verdaderamente universitarios habían sido desplazados, y sus sanas intenciones eran sustituidas por una disputa del bolín entre los grupos políticos, donde a su vez las corrientes marxistas sacaban jugosos dividendos de la ingenua siembra de corrientes democráticas imprevisoras.

La rebeldía constructiva de esos grupos académicos relevantes, fomentada en buena medida por la incompreensión de algunos estratos directivos de las universidades de la época, se convirtió así en trampolín para los grupos politizados que sólo perseguían mezquinos afanes de poder partidista.

Cuando uno ve hoy día que vuelven a reclamar el derecho a "confrontar ideas" —que suponen amenazado—, personas que jamás han tenido ni podrían tener interés real en ello, ya que carecen en su cerebro de toda idea propia que confrontar, se advierte la importancia de evitar que se garezcan detrás de banderas levantadas por los verdaderos universitarios, grupos cuyo mero interés político-partidista es demasiado evidente. Pero para ello, es fundamental que esos académicos de selección, que en cambio efectivamente tienen ideas y desean confrontarlas en un plano intelectual, se sientan a gusto en una Universidad confiable por sus merecimientos y confiada en su libertad.

Ese es el mayor anhelo que podemos tener quienes a la vez sentimos una entusiasta adhesión hacia el actual Gobierno, y una profunda vocación universitaria.

139
18.01.76
J. G.

Debate Universitario Oportuno

Por Jaime Guzmán

El artículo de don Jorge Millas sobre la Universidad, publicado por "El Mercurio" del 3 del presente, y el contenido mereció de parte de un grupo de relevantes académicos de nuestras universidades, constituyen una clarinada de atención que invita a reflexionar a todos quienes nos interesamos vivamente por la suerte de la vida universitaria chilena.

La búsqueda del acierto atraviesa siempre el reco nocimiento valiente de la verdad, aunque a veces ésta pueda pareceros dura o incómoda. Y ocurre que aquí encontramos frente a un hecho tan indiscutible como delicado: enfrentamos el serio peligro de que pueda llegar a producirse un distanciamiento entre los elementos más valiosos de nuestras universidades, y la conducción superior de éstas, cuya responsabilidad última recae hoy en el Supremo Gobierno.

El imperativo de evitar que ese distanciamiento que se insinúa, llegue a ahondarse hasta términos irremediables reviste una importancia capital.

No debe perderse de vista que la Universidad no la hacen preponderantemente ni sus estructuras de organización ni sus autoridades administrativas. Le dan vida y la construyen día a día quienes con autentica vocación intelectual se abocan laboriosamente a la tarea de enseñar, investigar y aprender. Ahí está la raíz de la vida universitaria, de la cual brota la savia de su verdadera fecundidad.

Ahora bien, en dicha tarea, el aporte de esos académicos de selección que descuellan por su talento y su entrega a la Universidad, resulta particularmente insustituible. Casi podría decirse que para averiguar si detrás del rótulo que la designa como tal, hay o no una verdadera Universidad, tal vez el camino más seguro sea el de analizar si existen efectivamente esos universitarios de calidad superior, y si su actividad puede o no desvirtuarse en un clima que les permita tener el peso y la influencia que merecen. Todo lo demás que merezca que sea, viene por añadidura.

Esos hombres cuyo trabajo configura el alma de la Universidad, como todas las cumbres, no se dan en abundancia. Por lo mismo, son siempre de muy difícil reemplazo. No es, exagerado, o tanto, afirmar que la Universidad se nutre de la irradiación intelectual y moral de unos pocos. La nómina de los adherentes al artículo de don Jorge Millas, salvo alguna excepción desafortunada, representa una síntesis difícilmente superable, de quienes en Chile son los más calificados exponentes del valor que señalamos. De ahí la importancia de impedir que su voz pueda caer en un vacío frustrante.

Su planteamiento consiste esencialmente en que ellos perciben una actitud de desconfianza hacia la Universidad en el tratamiento que ésta recibe en la actualidad de parte del Estado y sus autoridades, de lo cual deriva un clima que dificulta la labor creadora a que la Institución universitaria está llamada.

Sea o no correcto este diagnóstico, lo fundamental es que en cualquier caso, el solo hecho de que las mejores expresiones de la vida universitaria chilena pudieran llegar a llenar así, constituye de por sí un síntoma inquietante que todos debemos contribuir a solucionar.

Detrás de esta actitud, se encierra la defensa de un valor esencial dentro de la Universidad: la libertad para pensar, opinar y discrepar, a condición de que ello se haga dentro de los moldes y exigencias propios de la actividad científica e intelectual, en la amplia y variada gama de sus manifestaciones en un nivel superior. Supuesto básico de ello, es un ambiente de serenidad que excluya el bullicio politiquero, la presión del sectarismo, o la zozobra permanente e indebida.

Tales valores pueden verse afectados por dos géneros distintos de amenazas. De una parte, por la instrumentalización de las Universidades que pueda realizar una ideología o partido político determinado. De otro lado, por el condescendiente exceso e inadecuación de la institución o la tarea universitaria, que pudiera imponerle una determinada autoridad estatal.

Lo primero impidió el real funcionamiento de nuestras Universidades entre 1967 y 1973, por obra de las fallas cardinales de la llamada "Reforma Universitaria", cuya demagogia terminó transformándola en un festín de la politiquería y en un excelente "caballo de Troya" para los dos principales enemigos de una Universidad actual: el marxismo totalitario y la mediocridad pura y simple. Que el marxismo no haya llegado en definitiva a imponerse en forma total no abona mucho al haber de las Universidades chilenas de la "Reforma", porque ello se consiguió al precio de transigir vergonzosamente con la mediocridad, y de obligar a los verdaderos universitarios a distraer lo mejor de sus esfuerzos en una lucha política dia-



ria que prácticamente les impedia hacer Universidad.

Atemen importantes sectores académicos que hoy, para corregir ese mal, pudieran emplearse mecanismos que dieran por resultado el segundo de los inconvenientes a que hacíamos referencia recién, es decir, una desconfianza hacia la Universidad que llegara a privar a ésta de la libertad y seriedad que fundamentan su existencia. Frente a ello, aparece a nuestro juicio como el mejor aval de que dicha situación no debiera producirse jamás, el propio pensamiento oficial del Gobierno, reiteradamente expresado por sus más altas autoridades.

Algún observador superficial podría pensar que es in conveniente para la estabilidad del actual régimen, el que exista un foco de elaboración y difusión de ideas que puedan resultar dispendiosas de la acción gubernativa en determinados aspectos. Desde una perspectiva como ésta, la seguridad interna se reforzaría si la actividad intelectual se redujera al simple asentimiento. Pero ese criterio, que puede resultar válido para regímenes que busquen su simple afianzamiento como meta última y por la cual se paga cualquier precio, aparece inaceptable para un Gobierno que, como el nuestro, se funda en principios espirituales y morales muy profundos, de clara rai gambre humanista, nacionalista y cristiano.

El movimiento del 11 de septiembre y el Gobierno que de allí surgiera tienen como meta y desafío el transformar a Chile en una gran nación, tanto espiritual como materialmente. Y la atrofia del cuerpo social a de las células que le dan vida, sería contradictorio con ese objetivo, al cual nuestra patria se encamina entre muchos escollos pero con gran fe y con un coraje renovado. Además, una seguridad alcanzada al precio de privar de vitalidad a los organismos intermedios de la comunidad, sería efímera y aparente, porque es en la libertad, el vigor y el desarrollo de la sociedad chilena, donde reside la fuente última de una seguridad estable.

Igualmente superficial, y todavía más ingenuo, sería pensar — en el otro extremo — que la Universidad puede suscribirse por entero a las restricciones excepcionales que impone un estado de emergencia jurídica, como el que nuestro país vive en la actualidad.

Tanto la acción del 11 de septiembre como el estado de sitio que hoy Chile sigue requiriendo tienen como una de sus causas el que durante largos años se haya olvidado que hoy está planteada una verdadera guerra ideológica entre el marxismo-leninismo y el mundo libre, en que aquél actúa con el apoyo del poderoso imperialismo soviético, cuya influencia indirecta se ejerce hasta en el corazón mismo de la mayoría de los países y gobiernos democráticos.

En esta guerra, el enemigo está adentro del Estado y al lado de uno mismo. Dice incluso tener la común nacionalidad que nos cobija, pero en verdad sustentada una doctrina cuya amoralidad lo subordina todo, y por cierto que la misma patria, a su utopía totalitaria. Ningún matiz o sutileza sofisticada es capaz de borrar esta realidad maciza. Quienes por debilidad de espíritu discurren argumentos pseudo-inteligentes para no combatir en esta lucha, fatalmente terminan siendo avasallados. Son demasiados los hechos que lo demuestran como para insistir en ello.

Lugares estratégicos para el comunismo en esta guerra, son los sectores eclesiásticos, los medios de comunicación social y las universidades, y a eso, se debe la infiltración sistemática y creciente que realiza dentro de esas instituciones, en los países que aún no controla. Procurar evitarlo es misión a la que toda nación que desee sobrevivir libre y soberana debe abocarse, y el Gobierno de nuestra Patria ha sido categórico para asumirla en cuanto a él compete.

Nada indica que esta conducta sea incompatible con la preservación de la atmósfera universitaria de libertad, seriedad y respeto, a que antes hemos hecho referencia. No puede haber contradicción entre los diversos factores que constituyen la esencia de un ser, ya que la falta de cualquiera de ellos implicaría su muerte. La única posibilidad de que sobreviva y se desarrolle una auténtica Universidad, reside en que se protejan la libertad intelectual y el consiguiente derecho a discrepar, y simultáneamente se actúe en forma eficaz para impedir

que ello sirva de instrumento a los que quieren destruir la Universidad, ya sea por la vía de la politización partidista o del totalitarismo marxista.

Como toda tarea compleja que busca el justo equilibrio, no existen para esto recetas automáticas o preestablecidas. Las posturas extremas siempre encuentran fácil presentación en la simplicidad de sus dogmas o en la pasión de su fanatismo. Pero el intento de encontrar el equilibrio de la verdad, que nada tiene que ver con la condescendencia del oportunismo o la debilidad, implica aventurarse por una árdua ruta, a la cual no existe más derrotero que la madurez, el tino y el buen criterio.

Un signo hay, sin embargo, para saber si se va por buen camino. Se trata de la mayor o menor identificación que se genere entre el poder universitario institucional, y aquel otro poder que deriva del saber. La misión de la autoridad institucional oficial consiste precisamente en crear una forma de relación o convivencia adecuada para que el impulso creador de los frutos, se proyecte en sus frutos a todos y cada uno de los miembros de la comunidad universitaria, y a través de ésta al país entero. He ahí el "bien común" de la Universidad. La suprema autoridad moral de la Universidad debe estar siempre radicada en la excelencia académica, y corresponde a toda expresión de autoridad jurídica que en ella exista, el ponerse generosamente a su servicio.

Pensamos que el éxito en esta empresa, si bien no es de suyo sencillo, está favorecido por la perfecta coincidencia que se registra entre la legítima aspiración de nuestros mejores académicos y los principios que informan la acción universitaria del Gobierno.

Tal como lo ha planteado don Jorge Millas, los verdaderos académicos comprenden la necesidad de racionalizar la actividad universitaria, a fin de terminar con innecesarias, y tampoco se oponen a la existencia de mecanismos de control que eviten la politización y ulterior conquista de la Universidad por parte de los activistas de la politiquería o del totalitarismo. Y por su parte, tal como lo han expuesto el señor Presidente de la República y los miembros de la H. Junta de Gobierno, de la H. Régimen respeta la autonomía universitaria, en toda la amplitud que dicho concepto tiene de legítima y de indispensable.

Dichos elementos concordantes están llamados a servir de base para que se supere toda posible incomprensión o deficiencia actual. Ello resulta tanto más necesario, cuanto que para Chile y para sus universidades es urgente impedir que se repita la triste historia de cuando, bajo el nombre eufemístico de "Reforma Universitaria", comenzó la reforma política de nuestras universidades.

Cuando en 1967 se inició ese movimiento en las dos universidades Católica del país, hubo innumerables académicos de gran calidad que encabezaron su gestación, convirtiendo su prestigio y su talento en ariete del "reformismo". Lamentablemente, detrás de ellos armaron los grupos políticos que pretendían instrumentalizarla en su propio beneficio, sobresaliendo al efecto el entonces partido gobernante, que desde la Moneda misma amparaba las "tomas" y demás acciones de fuerza con que se desafiaba a la autoridad universitaria constituida.

El desenlace es de todos conocido. Triunfó "la Reforma", pero a la hora de la victoria, los elementos verdaderamente universitarios habían sido desplazados, y sus sanas intenciones eran sustituidas por una disputa del botín entre los grupos políticos, donde a su vez las corrientes marxistas sacaban jugoso dividendo de la ingenua siembra de corrientes democráticas improvisadas.

La rebeldía constructiva de esos grupos académicos relevantes, fomentada en buena medida por la incomprensión de algunos estratos directivos de las universidades de la época, se convirtió así en trampolín para los grupos politizados que sólo perseguían mezquinos afanes de poder partidista.

Cuando uno ve hoy día que vuelven a reclamar el derecho a "confrontar ideas" — que suponen amenazado —, personas que jamás han tenido ni podrían tener interés real en ello, ya que carecen en su cerebro de toda idea propia que confrontar, se advierte la importancia de evitar que se guarezcan detrás de banderas levantadas por los verdaderos universitarios, grupos cuyo mero interés político-partidista es demasiado evidente. Pero para ello, es fundamental que esos académicos de selección, que en cambio efectivamente tienen ideas y desean confrontarlas en un plano intelectual, se sientan a gusto en una Universidad confiable por sus merecimientos y confiada en su libertad.

Ese es el mayor anhelo que podemos tener quienes a la vez sentimos una entusiasta adhesión hacia el actual Gobierno, y una profunda vocación universitaria.